

Julia Constenla

CHE GUEVARA
LA VIDA EN JUEGO



Índice

	Prólogo	11
1	Tías al margen - El primer ahogo - Un constante ir y venir - Llegan los amigos -	17
2	Vivir en Alta Gracia - Niños en combate - La biblioteca de Deodoro Roca - Cuando un jugador le gana al asma -	25
3	El viaje en un ómnibus cordobés - La clase de anatomía - Acuerdos, desacuerdos y búsquedas - Pedaleando el país -	37
4	Asomarse al amor - Partir con un amigo - Llegar a un leprosario, vivir allí - El Amazonas en balsa -	47
5	De nuevo cumbres y socavones - Conociendo las entrañas del monstruo - “América será teatro de mis aventuras” -	55
6	Experiencia sobre la fragilidad de la democracia - Encuentro con cubanos - Níco López lo empieza a llamar “Che” -	67
7	Compromiso con Cuba - Nace su primogénita - Severos entrenamientos - La prisión y la partida -	75
8	¿Desembarco o naufragio? - Pérdidas, miedos, solidaridad - Nueve fusiles para ganar la guerra - El primer triunfo y un casco -	87

9	Los barbudos de la sierra en camino - La cotidiana construcción - Entrevistas que cuentan la verdad - Camilo y el Che avanzan -	109
10	Vivir a fuerza de voluntad - El campamento como una usina de producción - Aleida entra en su vida -	123
11	300 kilómetros con Aleida - Festejos en La Habana - “que acá viene el Che Guevara acabando con el mundo” - Un largo abrazo -	137
12	Un ministro por el mundo - Comandante de escritorio - Encuentro con Sartre y Simone de Beauvoir -	153
13	Perro que ladra muerde - En el Río de la Plata - Voluntario más allá de lo posible - A veces mecía la cuna -	169
14	Con Perón en Madrid - La partida del Comandante Segundo - En las Naciones Unidas -	183
15	Rumbo al Congo - “Es necesario disfrazar de hielo al macho” - La realidad, de golpe - “Esta es la historia de un fracaso” -	201
16	De nuevo en Cuba - Un hombre que nadie conoce - Preparar la lucha -	221
17	“Yo ya estoy aquí y de aquí sólo me sacan muerto” - Libros, sed, distancia, indiferencia - Los que no llegan y los que se quedan -	233
18	El diario de octubre tiene siete días - Vivir en silencio, el enemigo acecha - Un hombre que se desangra -	261
	Epílogo	279
	Bibliografía básica	285
	Agradecimientos	287

Prólogo

“**S**ucedió cuando uno de los periodistas le preguntó algo, ya no importa qué, sobre el Che. Recuerdo que Fidel se levantó de la silla, inclinó la cabeza, apoyó los nudillos sobre la madera lustrosa de la mesa y en voz baja, casi hablando consigo mismo nos dijo: ‘Yo sueño mucho con el Che. Lo sueño vivo, con su uniforme, sueño que hablamos’. ‘Siempre me imagino la felicidad inaudita que debe de haber sentido el Che cuando vio otra vez las armas en la selva boliviana.’ ‘Esa misma felicidad que a mí, por mis obligaciones, yo sé que me está negada.’ ‘Yo sueño mucho con el Che, está vivo, con su uniforme.’” (Fragmentos de “Los sueños de Fidel”, un artículo de Jorge Timossi.)

Fidel y el Che se conocieron siendo dos jóvenes veinteañeros que vivían lejos de la patria y la familia. Los dos estaban dispuestos a recorrer un camino. La primera vez que se vieron pasaron diez horas conversando. Es probable que Fidel hablara más que el Che, pero es igualmente probable que ambos entendieran claramente que los dos se disponían a luchar hasta terminar con injusticias y sinrazones. El Che —un médico, investigador que rozaba la antropología, leía y escribía ince-

santemente y había recorrido América— quería cambiar el mundo. Fidel —un abogado con actividad política que salía de la cárcel y en Cuba lideraba un aguerrido grupo— estaba dispuesto a hacerse cargo del gobierno y sacar adelante una nación convertida en coto de caza para mafiosos y proxenetas. Los dos supieron desde esa noche mexicana que juntos iban a transitar un camino con Fidel al mando. Guevara, al incorporarse al proyecto de Castro, le hizo asegurarle que una vez logrado el objetivo de derribar a Batista, él podría seguir su ruta. Es entonces cuando nace el Che.

El transcurso de su vida se consigna en este libro. No me ha parecido pertinente emitir opiniones sobre detalles de temas muy debatidos; por ejemplo, los desacuerdos entre el Che y Fidel, y el posible abandono de Castro a Guevara en Bolivia. Hay muchas hipótesis sobre estos temas, en algunas asoma una suerte de implícita condena a muerte de Fidel al Che porque le habría restado apoyo a las sucesivas incursiones guerrilleras. Una tesis de este tenor se sostiene en suposiciones osadas o en versiones discutibles, algunas teñidas por el hecho de que con frecuencia vemos al otro en el prisma de nuestros ojos. Es decir, adjudicándole nuestras mezquindades, las modestas miserias que no siempre son fáciles de aceptar aunque tal vez lo hagamos como un patético intento de acercarnos a sus méritos o a su grandeza.

El Che fue al Congo y a Bolivia contra la voluntad reiterada y expresa de Fidel que se había comprometido en México a dejarlo seguir su camino. Para la construcción de ese proyecto del Che, Castro destinó fondos, energías, colaboradores. El ministro de Salud de Cuba fue enviado al Congo para colaborar y asistir al Che. La solidaridad de gobiernos amigos les permitió a los cubanos rescatar vivo a Guevara de un liberador proyecto frustrado.

Castro también se opuso a la instalación de la guerrilla en Bolivia. Ya habían fracasado otros intentos en el continente y un político en acción como Fidel debía saber que no bastan la fe, el coraje y la decisión para triunfar en el campo de batalla. Por su experiencia personal no ignoraba que eran necesarios aliados, acuerdos, grupos de sostén, política territorial con los que el Che no contaba ni parecía interesarle. Es también osado afirmar que el enclave boliviano era para él una puerta de entrada a la Argentina. Guevara se consideraba un latinoamericano y como tal pensaba estrategias en razón de la Patria Grande. Cuando ya se podía suponer que en Bolivia la tentativa había fracasado, los cambios en el mundo, la dependencia de apoyos externos de una isla asediada soportando un bloqueo que sólo otra gran potencia podía superar, hacían imposible cumplir la ardua tarea de apoyarlo más o rescatarlo. Era casi imposible simplemente comunicarse. Cuando cae prisionero, el Che lleva consigo armas y dinero que le hubieran permitido abandonar el territorio antes de la derrota final.

Hay quienes esperaban del héroe un gesto suicida, una bella muerte con palabras registradas por la historia. La grandeza de su final está en la modes-

tía. Un hombre sucio, hambriento, herido puede ser ejemplar en su desvalimiento. Si alguna de sus armas tenía un tiro, tema en debate, no creo que debiera usarlo para acabar con su vida. El Che preso podía dar todavía una última batalla. La detención de Debray había despertado el interés de periodistas estimulados por el gobierno francés. El Che preso era una noticia que recorrería el mundo. Su muerte era segura, horas, días, semanas después. Ni el gobierno boliviano ni sus mandantes iban a tolerarlo vivo. Con un balazo oportuno en la fatal hondonada podía ahorrarse dolores, humillaciones, padecimientos o asumir su derrota y enarbolar cuando pudiera y como pudiera sus razones. El calvario fue breve. Al hombre titubeante que lo enfrentaba le dijo con austera sencillez algo que él mismo había aprendido como ejecutor: “Que no le tiemble el pulso. Va a matar a un hombre”.

Un niño que aprende a pedir inyecciones cuando lo ahoga el asma y que debe acudir cabizbajo al inhalador; un muchachito que alterna la pelota del potrero con los libros de la biblioteca; un adolescente que evita usar el motorcito de la bicicleta y pedalea 4.000 kilómetros para conocer la tierra en que vive; un joven que cruza los Andes en traqueteante moto, se instala en leprosarios y navega el Amazonas en balsa, son piezas del rompecabezas que se convertirá en un ícono de consumo fijado por la maestría de la foto de Korda en millones de remeras, miles de tatuajes, infinitas pancartas. No creo que a Ernesto Guevara le gustara ese destino, tampoco puede evitarlo. La muerte es una derrota que afronta con infinita dignidad y su imagen de Cristo involuntario supera lo que podrían haber sido sus deseos.

La humanidad construye mitos en los que podemos apoyar nuestras vidas seres aislados, en un universo inconmensurable en el que la propia fragilidad es desconsoladora. El mito, la leyenda nos acompañan con un asomo de ejemplar inmortalidad en este humano desvalimiento. El siglo XX nos ha dejado un mito para sostener nuestras flaquezas: el Che. Su debilidad es su fuerza y la firme decisión de hacerle frente a la vida y a la muerte lo hace perdurable con toda su intacta belleza. No es un Cristo, él mismo se lo escribió a su madre, no contaba con dios alguno que le asegurara la gloria. Era un hombre cabal, que amó, fue amado, peleó lealmente, supo de derrotas y triunfos, se desentendió del poder con recato y cierta austera elegancia. Vivió su vida, supo persistir en el esfuerzo desde el comienzo para hacer un gol en el picadito callejero o treparse a los volcanes, para sostener con amor la mano de un moribundo. Ese ejemplo que nos dejó no es tema de debate ni queda como un talismán en las mochilas de estudiantes insomnes pensando en un futuro sin esfuerzos incómodos. Tal vez oriente a gente como “el Pocho” Leprati que en un suburbio rosarino les enseñó a muchos a trabajar juntos como hormigas. Al Pocho lo bajaron de un balazo defendiendo a los niños que comían en un galpón gestionado por los vecinos. Al Pocho sus compañeros lo identifican con una imagen